

que alcanzaran nuestros padres en el mundo Occidental. Mr. Clay y Mr. Poinsett propusieron que se hiciese una demostración en favor de los griegos que luchaban por su independencia, pero Juan Randolph se opuso enérgicamente, y se desechó la proposición bajo el pretexto de que no era necesaria (*).

Aun cuando aquella legislatura no fué una de las más largas, el Congreso no se cerró hasta el 27 de mayo, lo cual basta para demostrar cuán empeñados serían los debates;

1824. pero debe tenerse en cuenta que ninguna otra legislatura fué tan interesante ni tan atareada, pues se discutieron y aprobaron doscientos proyectos.

Poco despues promovióse una acalorada discusión acerca del sistema de Comités que hasta entonces había venido rigiendo en las luchas electorales, pues se reconocía que era perjudicial á ciertos candidatos y aspirantes al primer cargo del Estado. La prensa había hablado ya en contra, y se influyó todo lo posible para inducir á las diversas legislaturas á que lo condenaran también. Al principiarse la legislatura habíase averiguado que muchos miembros del Congreso se inclinaban en favor de W. H. Crawford, el Secretario del Tesoro, que estuvo á punto de derrotar á Monroe en la reunión celebrada por el Comité de elecciones en 1816, y no se le ocultaba á nadie que estaba intrigando en todos sentidos. Los partidarios de los demás candidatos resolvieron últimamente, así como por convenio tácito, no reunirse en comité para favorecer á sus elegidos, pero los amigos de Crawford nombraron uno en el cual, aunque no asistieron más de sesenta y seis diputados, votaron todos menos dos en favor de aquel, si bien luego se concedieron dos votos á Mr. Adams, uno á Macon y otro

(*) Véase la *Vida de Juan Randolph*, por Garland, vol. II, págs. 196-200.

á Jackson. Los sesenta y cuatro miembros pertenecían en su mayor parte al antiguo partido republicano, pero es de notar que precisamente á la reunión que tuvieron se atribuyó luego la derrota de Crawford, aunque aseguraron algunos que la principal causa era su falta de salud, lo cual hizo temer que no le fuera posible desempeñar las funciones de Presidente en el caso de ser elegido. El mismo Comité de que hemos hablado designó para la Vice-presidencia á Gallatin, pero éste se escusó agradeciendo la deferencia.

A pesar de la celosa actividad de los hombres políticos y del empeño con que continuaba la lucha electoral, suspendióse esta en el verano de 1824 con motivo de la visita del ilustre Lafayette, *el héroe de ambos mundos*, según se le llamaba. Hacia ya tres años que este noble patriota había manifestado deseos de recorrer de nuevo el teatro de sus antiguas hazañas, y estrechar la mano de los pocos que aun sobrevivían á la revolución, y el Congreso acordó por lo tanto poner un buque á la disposición del noble marqués para que lo condujera á los Estados Unidos. Rehusando no obstante aceptar este obsequio, Lafayette se embarcó en el *Cadmus*, capitán Allen, que se hallaba en el Havre, acompañado de su hijo, quien tenía el mismo nombre que Washington, y llegó á Nueva-York en 15 de agosto.

Inútil nos parece hablar aquí de los banquetes, iluminaciones, bailes, serenatas y demás festejos con que comenzó á celebrarse la entrada del héroe, desde el momento en que pisó el suelo de América, hasta aquel en que se embarcó para volver á Francia: baste decir que su viaje por los Estados Unidos fué una prolongada ovación; que los habitantes de las diversas ciudades y pueblos salían á recibirle en masa con demostraciones

de júbilo y entusiasmo, y que Lafayette, cuyo corazón rebosaba de gratitud, tuvo la satisfacción de ver por do quiera la prosperidad, el progreso, el bienestar público, el triunfo de la libertad sobre el despotismo, y el respeto á las instituciones populares. De todo esto se hablaba en la bien escrita memoria de Mr. Levasseur, secretario de Lafayette.

El marqués marchó desde Nueva-York á Boston y Portsmouth, (New-Hampshire) y volviendo al punto de partida, visitó luego las ciudades del Hudson, incluso Albania. Desde aquí pasó á Nueva-Jersey, Philadelphia, Baltimore, Washington, Yorktown y Richmond, y regresó á la residencia del Gobierno al empezarse la legislatura, habiendo tenido el gusto de que saliera á recibirle una comisión de las Cámaras. En febrero de 1825, Lafayette se dirigió al Sur, atravesando las Carolinas, Georgia, Alabama y Mississippi, hasta llegar á Nueva-Orleans; desde este punto marchó á San Luis, pasó por Kentucky, Ohio, Pennsylvania y Nueva-York, y llegó por último á Boston, á tiempo para tomar parte en la ceremonia de colocar la primera piedra del monumento de Monte Bunker. Lafayette visitó despues á Portland, (Maine) recorrió á Hampshire y Vermont, y de regreso á Nueva-York, tomó parte en la celebración del 4 de julio. Habiendo vuelto á Washington, y despues de visitar la tumba de su antiguo compañero de armas, el gran padre de la patria, rindiendo así un doloroso tributo á la memoria del que en otro tiempo fuera su amigo más sincero, Lafayette se presentó el 7 de setiembre de 1825 en el Capitolio, donde ante un inmenso concurso, le hizo el Presidente Adams los honores de la despedida en nombre de todo el pueblo de los Estados Unidos.

Deseando el Congreso dar á Lafayette una prueba de aprecio por los sacrificios que ha-

bia hecho en favor de los Estados Unidos, votó por unanimidad un donativo de doscientos mil duros en dinero y una considerable extensión de terreno en la Florida, disponiendo además que en honor suyo se diese el nombre de *Bradwine* á una fragata que se acababa de construir. Poco despues, Lafayette volvió á Francia, no sin haber recibido antes las más sinceras pruebas del cariño y afecto de millones de habitantes.

La lucha presidencial siguió su curso durante el verano y otoño de 1824, y los amigos y partidarios de cada candidato, no perdían las esperanzas de obtener la victoria; los nombres de Jackson, Adams, Crawford y Clay entraron en juego, y hé aquí cuál fué el resultado del escrutinio electoral: en favor de Andrés Jackson, como Presidente, votaron, por unanimidad, Nueva-Jersey, Pennsylvania, las Carolinas, Alabama, Mississippi, Tennessee é Indiana, y además obtuvo este candidato un voto de Nueva-York, siete de Maryland, tres de Louisiana y dos de Illinois, componiendo entre todos un total de noventa y nueve. Juan Quincy Adams consiguió todos los votos de Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode-Island y Connecticut, con más veintiseis de Nueva-York, uno de Delaware, tres de Maryland, dos de Louisiana y uno de Illinois, total ochenta y cuatro; Guillermo H. Crawford alcanzó los votos de Virginia y Georgia, y además cinco de Nueva-York, dos de Delaware y uno de Maryland, que sumaban entre todos cuarenta y uno. Últimamente Enrique Clay obtuvo los de Kentucky, Ohio y Missouri con cuatro de Nueva-York, cuyo total era de treinta y siete. Como se contaban entre todos los votos doscientos sesenta y uno para la mayoría absoluta, necesitábanse este número ninguno de los candidatos, y en

cumplimiento de la disposición constitucional, pasóse la votación á la Cámara de Representantes.

Antes de saberse con seguridad este resultado probable, comenzó en 6 de diciembre la segunda legislatura del décimo octavo Congreso. En el mensaje del Presidente, que era el último, hablábase en primer lugar del estado próspero del país y de los progresos de la industria y de la agricultura, añadiéndose que la deuda pública quedaba reducida á ochenta y seis millones de duros; que las rentas eran suficientes para cubrir todas las atenciones del Gobierno, y que después de pagar unos once millones quinientos mil duros por cuenta de aquella, aun quedaria en el Tesoro un sobrante de tres millones. Después de dar cuenta del estado de las relaciones con los indios, y de hacer especial mención de la visita de Lafayette, y de las simpatías que inspiraban los griegos y los Estados del Sur de América, el Presidente terminaba su mensaje dando las más expresivas gracias por el apoyo y confianza que le habían dispensado sus compatriotas durante su larga carrera pública.

En aquella legislatura no se discutió ningún asunto de gran importancia: el 9 de diciembre se recibió á Lafayette en el Senado, y al día siguiente en la Cámara, cuyo motivo ambos cuerpos colegisladores dieron al noble marqués las mayores pruebas de su respetuoso y sincero afecto. Poco después de comenzar la legislatura, supose el resultado de la votación en los colegios electorales, y todos esperaban con ansia el día de la elección decisiva, que debía tener lugar el 9 de febrero siguiente. En tal estado de cosas no podía hacerse mucho; regularizóse el ramo de correos, se acordó qué castigo debía imponerse por ciertos crímenes contra los Estados-Unidos y se adop-

taron algunas disposiciones para continuar el camino de Cumberland. Johnson no pudo conseguir que se aprobase el *bill* que presentó, en el cual pedía que no se encarcelara á nadie por deudas, ni Rufo King obtuvo que el Senado aprobara su plan, por el que, después de estinguida la deuda nacional, debía destinarse el importe de la venta de tierras públicas á la emancipación de esclavos y á trasladar la población de color á cualquiera territorio situado fuera de los límites de la Unión.

No entraremos aquí en detalles acerca de las polémicas é intrigas que precedieron á la elección decisiva, pero sí nos parece oportuno consignar que viendo Enrique Clay que no podía esperar nada para sí, y pareciéndole más oportuno aguardar á otra ocasión, perseveró en su primera idea, que era influir en favor de Adams. A consecuencia de esto, cierto periódico acusó á Clay de soborno, acusación á que el gran orador (según dijeron todos sus amigos) tuvo la debilidad de dar importancia hablando de ella en la Cámara. Afortunadamente no se hizo aprecio de esto, pero el asunto, según veremos, debía tomar luego un carácter más grave (*).

Llegado el día 9 de febrero, la Cámara eligió los tres primeros candidatos de la lista y en el primer escrutinio, Juan Quincy Adams obtuvo los votos de trece Estados, Andrés Jackson de siete, y Guillermo H. Crawford de cuatro. En su consecuencia, resultando una mayoría en favor de Adams,

(*) En la vida política de Mr. Clay, ninguna circunstancia le perjudicó tanto para ser elegido Presidente como la de haber aceptado el cargo de Secretario de Estado. Si hubiese seguido su inspiración no habría cometido el error que fué un obstáculo para adelantar en su carrera, y aun cuando ninguno hubiese dado crédito á la acusación que se le dirigió, era tan cómoda y sencilla aquella manera de injuriar á un enemigo político, que no debía esperarse que no se recurriera á él cuantas veces se hablaba de Mr. Clay para la Presidencia.

